

# Marcel Proust: *En busca del tiempo perdido* (quinta parte): “La prisionera” o los celos como tema literario universal

■ ■ Clemente Apolinar Pérez Reyes\*

## Introducción

El quinto volumen de *En busca del tiempo perdido* llamado “La prisionera” (*La prisonniere*), fue publicado en 1923 tras la muerte de Marcel Proust, quien dejó los tres últimos tomos listos para su publicación. Los títulos finales, “La fugitiva” (*Albertine disparue*) y “El tiempo recobrado” (*Le temps retrouvé*), completan esta innovadora heptalogía que influyó decisivamente en la narrativa moderna.

Los celos constituyen el eje temático principal en “La prisionera”. Estos sentimientos surgen a raíz de la inseguridad de Marcel ante la posibilidad de que Albertina, su pareja, mantenga relaciones con otras mujeres, en particular con madeimoselle Vinteuil, hija del músico de Montjouvain, y su enigmática acompañante.

En “La prisionera”, el narrador se entera de la muerte de Charles Swann, de madame de Villeparisis y del doctor Cottard durante su visita a la “sacerdotisa” de la música, madame Verdurin, en su salón de París. Esta visita fue idea inicial de Albertina, ya que Morel interpretaría en el salón de madame Verdurin “El sexteto de Vinteuil”, acto promovido por el barón de Charlus. Mademoiselle Vinteuil, ayudada por esa amiga misteriosa, se había dado a la tarea de reunir la obra dispersa de su padre. Resulta explicable que el narrador, tras abandonar Balbec al descubrir la cercana relación de Albertina con la hija de Vinteuil y su acompañante, así como negar a Albertina el permiso para asistir, busque por sus propios medios acudir al concierto en el salón Verdurin. Su objetivo es

conocer personalmente a madeimoselle Vinteuil y a su amiga, sobre quienes alberga sospechas respecto a la naturaleza de la relación que mantenían con Albertina.

Nuevamente, para mejor ubicación del lector, se presenta la relación siguiente con los títulos de los volúmenes y partes de esta monumental novela de la que se han publicado el correspondiente ensayo en nuestra revista y las secciones de “La prisionera”, volumen del que hablamos en este texto en particular.

### *En busca del tiempo perdido*

#### **Primer volumen: “Por el camino de Swann”**

Primera parte: “Combray”

Segunda parte: “Unos amores de Swann”

Tercera parte: “Nombres de tierras: El nombre”

#### **Segundo volumen: “A la sombra de las muchachas en flor”**

*Primera parte:* Gilberta Swann y Odette de Crecy

*Segunda parte:* Balbec y las muchachas en flor

#### **Tercer volumen: “El mundo de Guermantes”**

*Primera parte:*

En el hotel de los Guermantes y el salón de la señora de Villeparisis

*Segunda parte:*

Capítulo primero: Enfermedad y muerte de la abuela de Marcel

Capítulo segundo: Los zapatos rojos de la duquesa

#### **Cuarto volumen: Sodoma y Gomorra**

*Primera parte*

Capítulo único: La homosexualidad del barón de Charlus al descubierto

*Segunda Parte*

Capítulo primero: Las intermitencias del corazón (El salón de la princesa de Guermantes y el recuerdo de la abuela)

\* Licenciado en Letras Españolas por la Facultad de Filosofía y Letras de la UANL. Maestro “Medalla Rafael Ramírez”. Fundador y actual editor responsable de la revista Reforma Siglo XXI de la Preparatoria No. 3. En 2017 recibió el reconocimiento Libros UANL por su contribución al libro y la lectura por editar la revista Reforma Siglo XXI. En 2019 la UANL lo nombró Profesor Emérito. Actualmente maestro jubilado de educación media básica y media superior.

Capítulo segundo: Los misterios de Albertina  
Capítulo tercero: Las tristezas del barón de Charlus  
Capítulo cuarto: Brusca mudanza con relación a Albertina

### **Quinto volumen: La prisionera**

El quinto tomo externamente tiene dos secciones, pero internamente tiene una estructura de sonata: exposición → desarrollo → reexposición.

Primera sección: Los celos de Marcel hacia Albertina (exposición)

Segunda sección: El salón Verdurín (desarrollo). Los celos de Marcel hartan a Albertina (reexposición)

La inclusión detallada de los volúmenes y las secciones que los conforman responde a la necesidad de realizar referencias constantes a lo largo de la obra. Los personajes principales reaparecen de manera recurrente en cada volumen, lo que exige que el lector tenga presente la organización interna de la narración para comprender mejor su desarrollo. Recuérdense que se trata de una novela extensa y Proust le otorga unidad mediante este recurso.

Los recuerdos del narrador regresan frecuentemente a episodios anteriores, influyendo directamente en las acciones y el destino de los personajes. Esta estructura permite que los acontecimientos previos cobren relevancia en el presente narrativo, creando una red de referencias cruzadas que enriquece el sentido de continuidad y profundidad en la trama. Ya explicamos que el voyerismo del narrador es la fuente de sus reacciones, como la que ocurre en Balbec, que provocan el virtual rapto de Albertina y los celos y desconfianza de Marcel. Es decir, hay una especie de “efecto mariposa”, pues sucesos lejanos en el tiempo narrativo se vuelven decisivos en los asuntos narrados en el presente.

Aristóteles formuló la regla de las tres unidades para el teatro, pero en el caso de la épica o narrativa, una de estas unidades, la unidad de acción, cobra especial relevancia. Esta unidad es fundamental porque proporciona solidez a la trama, asegurando que cada personaje y cada episodio, por insignificantes que parezcan, tengan una función en el desarrollo de la obra. Así, ningún elemento

resulta superfluo o fuera de lugar, lo que contribuye a una estructura narrativa cohesionada y rica en significado, no obstante, la cantidad significativa de digresiones son los que le otorgan la gran extensión a la novela.

Una característica fundamental que sostiene la cohesión en la novela *En busca del tiempo perdido* es la recurrencia de personajes y elementos a lo largo de los distintos volúmenes. Por ejemplo, el músico Vinteuil, cuya presencia se introduce en el tomo “Por el camino de Swann”, adquiere una relevancia central en el desarrollo de la trama. Aunque en un principio Vinteuil es presentado como un hombre triste y aparentemente secundario, su figura y, especialmente, su música, se convierten en ejes que articulan momentos cruciales de la narración.

La aparición y reaparición de Vinteuil y su obra musical en diversos episodios no solo refuerzan la continuidad interna de la novela, sino que también demuestran cómo Proust logra que los sucesos pasados adquieran nueva importancia en el presente narrativo. De esta manera, la música de Vinteuil no es únicamente una referencia nostálgica, sino que su interpretación alcanza un papel decisivo en los vínculos y emociones de los personajes, como puede observarse en la ejecución de su música por Morel en el salón de madame Verdurin y en las reacciones que provoca en Marcel.

Así, Proust utiliza a Vinteuil como un hilo conductor que enlaza diferentes partes de la obra y da sentido a la unidad de acción. Esta estrategia narrativa asegura que cada elemento, incluso aquellos que parecen marginales al inicio, tengan una función significativa en el desarrollo global de la historia, contribuyendo a la riqueza y cohesión de la estructura de la novela.

### **Primera sección: confinamiento de Albertina en casa de Marcel**

El inicio del quinto volumen de *En busca del tiempo perdido*, titulado “La prisionera”, se centra en el confinamiento, prácticamente un secuestro, de Albertina en el hogar de Marcel. En esta primera sección, el eje principal de la narración es el vaivén entre el amor y los celos que experimenta el protagonista hacia su amada, como resultado del miedo, los celos casi patológicos y las

sospechas infundadas de Marcel sobre la posible homosexualidad de Albertina, manifestados al final de “Sodoma y Gomorra”. Como resultado de estos sentimientos, Proust desarrolla suficiente material narrativo para dos volúmenes de *En busca del tiempo perdido*: “La prisionera” y “La fugitiva”. En el primero, la trama gira en torno al confinamiento, casi un “secuestro”, de Albertina por parte de Marcel. En el segundo volumen, la historia se enfoca en la pérdida definitiva de la joven, representando el desenlace de la “muchacha en flor”.

Marcel se enfrenta a una profunda angustia y unos celos intensos cada vez que Albertina no está en casa. Sin embargo, de manera paradójica, cuando ella está presente, el protagonista se aburre de su compañía y siente que no la quiere. Esta contradicción interna del narrador da forma al tema central de la primera sección, mostrando la complejidad de sus emociones y la tensión constante en la relación entre ambos personajes:

A decir verdad, incluso cuando comenzaba a mirar a Albertina como un ángel músico maravillosamente patinado y que me felicitaba de poseer, no tardaba en volver a serme indiferente; en seguida me aburría a su lado, pero esto duraba poco: solo amamos aquello en que buscamos algo inasequible, solo amamos lo que no poseemos, y en seguida volvía a darme cuenta de que no poseía a Albertina. (Proust, 2021, p.47)

Al final de “Sodoma y Gomorra”, Marcel decide terminar con Albertina, pero luego cambia de opinión y decide llevarla a París. El cambio se produce después de que Albertina le revela su amistad con mademoiselle Vinteuil y su amiga, lo que despierta en Marcel recuerdos de su primer acto de voyerismo y lo impulsa a sacar a Albertina de Balbec.

La decisión de Marcel de secuestrar a su amada surge porque la homosexualidad femenina es para el narrador un territorio desconocido, apenas entrevisto en Montjouvain, cuando paseaba su adolescencia en la región normanda, al que llama “terra incógnita”:

Era una “terra incógnita” terrible en la que acababa de aterrizar, una nueva fase de sufrimientos insospechados [...] detrás de Albertina ya no veía las montañas azules del mar, sino la habitación de Montjouvain, en la

que ella caía en los brazos de mademoiselle Vinteuil. (Proust, 2019, p. 667)

La decisión de Marcel de recluírse con Albertina en su casa de París tiene profundas repercusiones en la dinámica entre ambos personajes, ya que el protagonista reduce drásticamente su propio espacio vital, instaurando un ambiente opresivo dentro del hogar. Esta atmósfera no solo afecta a Marcel, sino también a Albertina, aunque en menor grado, pues ella conserva ciertas libertades concedidas por Marcel para salir de casa. Sin embargo, esta libertad está limitada, ya que cada vez que Albertina desea salir, lo hace bajo la vigilancia de dos acompañantes de total confianza para Marcel: Andrea y el chofer, que sin embargo le mienten.

El margen de libertad que se concede a Albertina implica que sus desplazamientos están estrictamente controlados cuando sale en coche, bajo la supervisión de Andrea y del chofer, seleccionados por el narrador para proporcionar información sobre sus actividades. Cabe señalar que las personas en quienes Marcel confía la vigilancia de Albertina presentan elementos de duda respecto a su fiabilidad: uno debido a la estrecha relación de amistad con el narrador, y la otra porque mantiene con Albertina una relación íntima, tal como se expuso previamente en el análisis de “Sodoma y Gomorra” (Pérez, 2025).

A lo largo de la primera sección el lector es testigo hasta el hastío de la obsesión enfermiza, patológica de los celos de Marcel, obsesión que lo lleva a numerosas reflexiones, por ejemplo, afirma que las cosas y los seres solo empiezan a existir para él cuando asumen en su imaginación una existencia individual, y por eso es que aquellos aspectos de la vida de la amada que se desconocen son incoloros, informes, no estimulan la imaginación y por lo tanto no afectan, lo que significa que con la aparición del rival, real o imaginario, la mente se llena de representaciones que provienen del propio material pasional del celoso.

Insistiendo en la escena final de “Sodoma y Gomorra”, se observa el momento en que Albertina le confiesa a Marcel que fue criada por mademoiselle Vinteuil y su amiga. Esta confesión tiene un profundo impacto en Marcel, provocándole un violento ataque de celos. El temor de que Albertina pudiera satisfacer su deseo con otras mujeres lleva a Marcel a tomar

la decisión de encerrarla, buscando así controlar sus acciones y evitar cualquier posibilidad de que su amada se vincule con otras personas. Esta reacción no sólo intensifica la atmósfera opresiva en la que viven ambos personajes, sino que también pone de manifiesto la naturaleza obsesiva y patológica de los celos de Marcel, así como su afán de vigilancia y control sobre la vida de Albertina.

Antes de los episodios de celos y vigilancia, Marcel ya había manifestado su hastío hacia Albertina. La pasión inicial que sentía por ella se había desvanecido al punto de que, según su propia confesión, la consideraba una flor que, una vez arrancada de su ramillete, había perdido todo su frescor y encanto. Aquella figura que en otro tiempo admiraba y contemplaba como una escultura delineada contra el fondo del mar, ahora le resultaba tediosa y deseaba poner fin a la relación. No obstante, en lugar de optar por una ruptura definitiva o un adiós sincero, Marcel decide mantener a Albertina bajo su control, privándola de libertad y convirtiéndola en una prisionera dentro de su propio hogar en París. Esta decisión implica que Albertina permanece cautiva, sometida a la constante vigilancia de Marcel, lo que intensifica la atmósfera opresiva en la casa.

La presencia de Albertina bajo tales condiciones genera consecuencias más allá de la pareja: la madre de Marcel, disgustada por la situación y el ambiente creado, opta por marcharse a Combray para asistir a su hermana enferma, evadiendo así la tensión reinante en la residencia parisina, justificando que el caso era más de la incumbencia de madame de Bontemps, tía de Albertina.

Mamá prefería aparentar que aprobaba aquella elección porque tenía el sentimiento de que no podría hacerme desistir de ella [...] Aquella contención de espíritu, aquella discusión interior, le producían a mamá un gran calor en las sienes, y abría continuamente las ventanas para refrescarse. Pero no llegaba a tomar una decisión por miedo a “influir en mí” en un mal sentido y destruir lo que ella creía mi felicidad. Ni siquiera podía decidirse a impedir que Albertina estuviera temporalmente en nuestra casa. No quería mostrarse más severa que madame de Bontemps, que era a quien concernía principalmente aquello. (Proust, 2021, p. 474)

A la prisionera se le permite, como ya se expresó, salir a pasear a condición de que vaya con un chaperón o chaperona, es decir, con Andrea con quien como bien sabemos lo engaña. Pero lo verdaderamente paradójico es que es Marcel el verdadero prisionero, ya que él es el que se queda en casa, solo, encerrado:

Albertina se paseaba por mi cuarto con la majestad de una dogaresa y de una modelo. Pero mi esclavitud en París me resultaba más dura ante aquellos vestidos que me recordaban Venecia. Claro que Albertina estaba mucho más cautiva que yo. Y era curioso ver cómo, a través de los muros de su cárcel, pudo pasar el destino, que transforma a las criaturas, cambiarlas en su misma esencia, y de la muchacha de Balbec hacer una prisionera aburrida y dócil [...] Porque el viento del mar ya no henchía sus ropas, porque, sobre todo, yo le había cortado las alas y había dejado de ser una Victoria, para convertirse en una pesada esclava de la que yo quisiera desprenderme. (Proust, 2021, pp. 458 y 459)

Durante la estancia de Albertina en la casa del narrador, rara vez la acompaña en sus paseos. El resultado de esta práctica es que se incrementan sus celos, satisface sus necesidades, que tienen como resultado que la fobia adopte tantas formas que la menor ocasión puede servir para hacer renacer estos celos con otros seres diferentes:

Yo había logrado separar a Albertina de sus cómplices y exorcizar así mis alucinaciones; se podría hacer olvidar a las personas, abreviar sus amistades, pero su inclinación al placer era crónica y acaso solo esperaba una ocasión para ejercerse. Ahora bien, París ofrecía tantas como Balbec. En cualquier ciudad que fuere no necesitaba buscar, pues el mal no estaba en Albertina sola, sino en otras para quienes cada ocasión de placer es buena. Una mirada de una, en seguida captada por la otra, junta a las dos hambrientas. Y a una mujer diestra le es fácil aparentar que no ve y a los cinco minutos ir hacia la persona que ha entendido y la espera en una calle transversal, y le da en dos palabras una cita. ¿Quién los sabrá jamás? ¡Y era tan sencillo para Albertina decirme, para que la cosa continuara, que deseaba volver a ver cualquier punto de las cercanías de París

que le había gustado! Bastaba, pues, que volviera muy tarde, que su paseo durara un tiempo inexplicable, aunque quizá muy fácil de explicar [...] para que renaciera mi mal, unido esta vez a representaciones que no eran de Balbec, y que procuraría destruir lo mismo que las anteriores, como si la destrucción de una causa efímera pudiera implicar la de un mal congénito. (Proust, 2021, pp. 12 y 13)

Es decir, Marcel se da cuenta que no es Balbec la Gomorra francesa, sino que hacia los cuatro puntos cardinales de París existen muchos otros Balbec, y muchas mujeres que sufren el mismo mal gomorriano que su amada Albertina. Privarla de sus amigas, desde Andrea, hasta la desconocida amiga de mademoiselle Vinteuil, no es la solución a sus sufrimientos. La alternancia entre los celos y el amor lleva al narrador a considerar la vida en pareja como una especie de mito de Sísifo, pues después de un periodo amoroso en que disfrutaban uno de la otra, sobreviene el desastre:

A veces acababa por dormirme junto a ella [...] Instantes dulces, alegres, inocentes en apariencia y en los que se acumula, sin embargo, la posibilidad insospechada del desastre: lo que hace de la vida amorosa la más contradictoria de todas, aquella en que la imprevisible lluvia de azufre y de pez cae después de los momentos más gozosos y en la que en seguida, sin tener el valor de sacar la lección de la desgracia, volvemos a construir inmediatamente en las laderas del cráter del que no podía salir más que la catástrofe. (Proust, 2021, p. 95)

Como en los anteriores volúmenes, un personaje es el que domina. En éste es Albertina, lo que no impide la continuación de las historias de los otros personajes principales, como Odette de Crécy, Charles Swann, duquesa de Guermantes, monsieur de Charlus, madame Verdurin, así como de los secundarios: Gilberta, Saint-Loupe, Morel, Jupien, el músico Vinteuil, mademoiselle Vinteuil, Bergotte, Elstir, el doctor Cotard, etcétera. Estas tramas secundarias en las que actúan los personajes señalados prolongan la extensión de la novela, y su función estructural es la de reforzar la unidad de los siete volúmenes de *À la recherche du temps perdu*.

Por ejemplo, la duquesa de Guermantes asesora a Marcel en el vestuario de Albertina y en los complementos de la *toilette*, es decir, los accesorios para cada vestido, como calzado y joyas. Monsieur de Charlus anima a Morel para que enamore a la sobrina de Jupien y si es posible se case con ella, además, en la segunda sección de “La prisionera” es quien organiza el concierto en el salón de los Verdurin, demostrando la gran influencia que ejerce todavía en la aristocracia venida a menos, imponiéndose sobre los deseos de la Patrona como también se le conoce a madame Verdurin.

Albertina informa a Marcel sobre su intención de visitar a madame Verdurin. El narrador considera que Albertina podría querer reunirse con sus amigas y decide modificar el destino del paseo:

Me puse a proponer a Albertina otros paseos que imposibilitarían la visita a Verdurin, con palabras teñidas de una fingida indiferencia bajo la cual trataba yo de disimular mi irritación. Pero ella la había notado. Aquella irritación encontraba en Albertina la fuerza eléctrica de una voluntad contraria que la rechazaba duramente; los ojos le echaban chispas. Pero ¿para qué fijarme en lo que decían las pupilas en aquel momento? ¿Cómo no había notado desde hace tiempo que los ojos de Albertina pertenecían a la familia de los que (hasta en un ser mediocre) parecen hechos de varios fragmentos, debidos a todos los lugares donde el ser quiere estar –y ocultar que quiere estar– aquel día? Unos ojos por mentira siempre inmóviles y pasivos, pero dinámicos, medibles por los metros o kilómetros que han de recorrer para encontrarse en el lugar de la cita querido, unos ojos que, más aún que sonreír al placer que los tienta, se aureolan con la tristeza y la decepción ante una posible dificultad para acudir a la cita. (Proust, 2021, p. 109)

Después de dos episodios más cómicos que dramáticos, el narrador logra imponer su voluntad de impedir que la naturaleza sexual de Albertina le juegue una mala pasada y se dirige a la casa de madame Verdurin, donde Morel ejecutará el violín para interpretar, junto con el resto de los integrantes de la orquesta de cámara, la obra dispersa de Vinteuil, escrita en caracteres ilegibles, reunida y transcrita por la extraña amiga de mademoiselle Vinteuil (referida a lo largo de literalmente miles

de páginas), pero que el narrador no conoce y por lo tanto, los lectores tampoco. Pero pronto se descubrirá el velo del misterio.

## Segunda sección: Morel ejecuta la música de Vinteuil en el salón de madame Verdurin

La primera parte de “La prisionera” puede parecer monótona, por los múltiples ángulos desde los que se examinan los celos del narrador y la sexualidad de Albertina. La verdad, es un verdadero reto a la paciencia del lector. Pero el buen lector que disfruta de la prosa de Proust descubre que existen entre los pliegues de la dilatada narración otros asuntos como el buen gusto en el vestir de la duquesa de Guermantes, la “amistad” de Charlus y Morel, y el enamoramiento de Marcel con las vendedoras que pasan por la calle ofreciendo gran variedad de alimentos y mercancías todas las mañanas.

Dicha monotonía de la primera sección o parte se equilibra en la segunda, con el retrato social del París de principios del siglo XX en el salón *Quai Conti* (el más bajo en la escala social, como ya vimos), dirigido por madame Verdurin pues con motivo del estreno musical de las partituras puestas en claro por mademoiselle Vinteuil y su misteriosa amiga, allí convergerán, por única ocasión, representantes de distintas clases sociales. El propósito de Marcel es conocer a la hija del humilde músico Vinteuil y a su amiga, además de escuchar la inédita sonata de Vinteuil interpretada por Morel, gracias a la organización del evento por el barón de Charlus.

En el salón de madame Verdurin el narrador invita, implícitamente, a considerar la música de Vinteuil como una etapa clave en su búsqueda del sentido de la vida. Esto se entiende al recordar sus experiencias casi místicas a lo largo de la obra, especialmente la inicial, con la escena de la taza de té y la magdalena narrada en “Por el camino de Swann”, donde revive sensaciones asociadas a recuerdos de hechos sucedidos en el pasado. Estas vivencias le permiten vislumbrar, por un instante, la inmortalidad. El narrador sufre varias experiencias semejantes, pasa por las mismas etapas tras ser tocado por la gracia. En estas se advierte la posibilidad de tocar, de experimentar una pizca de inmortalidad.

Estas experiencias le proponen al lector un paradigma de etapas en su esclarecimiento. Idénticas pero diferentes en su revelación, que no es nunca la misma. Luz Aurora Pimentel (2023) lo explica de la siguiente manera:

Esta diferencia en el seno de la semejanza (*A es B*)<sup>1</sup> es la esencia misma de la metáfora: los semejantes en y a pesar de las diferencias dentro del paradigma de la magdalena: el narrador reconoce el llamado de las flores en la experiencia de los espinos blancos y las rosas en Tansonville, el llamado de la vocación en la contemplación de los campanarios en Martinville, el éxtasis no esclarecido y por lo tanto para siempre perdido en la contemplación de los árboles [cerca de Balbec].

A esta serie de experiencias se agrega la experiencia de la música de Vinteuil, que, para el autor, a través del narrador, se constituye en la experiencia más cercana a lo inefable, al sentido de la vida, al centro mismo de la creación:

Yo sabía que este nuevo matiz del gozo, esa llamada a una alegría supra terrestre, no la olvidaría nunca. Pero ¿sería alguna vez realizable para mí? Esta cuestión me parecía tanto más importante cuanto que aquella frase era lo que mejor podría caracterizar –porque rompía con el resto de la vida, con el mundo visible– las impresiones que a lejanos intervalos volvía yo a encontrar en mi vida como puntos de referencia, como piedras miliare para la construcción de una verdadera vida: la impresión que sintiera ante los campanarios de Mairtville, ante una hilera de árboles cerca de Balbec. (Proust, 2021, p. 320)

El autor, a través de Marcel en sus múltiples digresiones, se erige en un verdadero crítico de la plástica con Elstir, el pintor de Balbec, trasunto del artista Claude Monet; en el crítico literario con sus impresiones sobre Bergotte, cuya inspiración algunos críticos señalan a Balzac y otros a Anatole

---

<sup>1</sup> El esquema de la metáfora en cursivas es mío. La experiencia de las flores y los espinos blancos ocurre en “Por el camino de Swann”. La de la experiencia ante los campanarios de Mairtville y la contemplación de los árboles en Incarville se narran en el segundo volumen de la novela: “A la sombra de las muchachas en flor”.

France,<sup>2</sup> y en el crítico musical con Vinteuil. ¿En qué músico se inspiró para crear a Vinteuil? El modelo, según Pimentel, es César Franck. En la novela se mencionan muchos músicos de la época, pero no como modelos de Vinteuil, sino como parte de la cultura del joven Marcel.

Es la música el elemento artístico que retrotrae el recuerdo de Swann a Marcel a través de la música que ambos conocieron, claro que en distintas épocas pues en el presente de “La prisionera” Marcel es un adulto joven y Swann ya ha fallecido. Marcel, por decirlo así, releva a Swann en la penetración y esclarecimiento de la experiencia musical.

Tanto Swann como Marcel encuentran un espacio común en el salón de Madame Verdurin, que se convierte en el escenario donde la música de Vinteuil trasciende el tiempo y une las vivencias de ambos personajes. Para Swann, la interpretación de la sonata de Vinteuil por un joven pianista ocurre cuando el compositor aún vivía, y es un momento marcado por la presencia de Odette y los sentimientos que lo acompañaban:

Y así, cuando el pianista acabó, Swann se acercó para darle las gracias tan cordialmente, que aquello agradó mucho a la señora Verdurin [...] El joven pianista hizo una inclinación, y dijo, sonriente y subrayando las palabras como si fueran muy ingeniosas:

–Es usted muy indulgente conmigo. Y mientras que la señora de Verdurin decía a su marido que diera al joven pianista una naranjada porque se la tenía muy merecida, Swann estaba contando a Odette cómo se enamoró de aquella frase musical. Y cuando la señora de Verdurin dijo desde lejos: «Parece que le están diciendo cosas bonitas, Odette», ésta contestó: «Sí, muy hermosas» y a Swann le deleitó esta sencillez. (Proust, 2022, pp. 279 y 280)

El devenir temporal de la novela depara, para Swann, que la interpretación de la música de Vinteuil la realice el joven pianista de los Verdurin. En contraste,

Marcel escucha la misma pieza en ese mismo salón varios años después, cuando tanto Vinteuil como Swann han fallecido, lo que subraya la persistencia de la música y su capacidad de evocar recuerdos y emociones más allá de la vida de sus protagonistas.

De este modo, también el arte, especialmente la música, logra revivir los recuerdos, y para Marcel los acordes no adquieren sentido de inmediato y sin nadie que le mencione el nombre del fragmento, se reconoce en un país ignoto. Y en esos momentos de incertidumbre, quisiera que, como si se tratara de un cuento de *Las mil y una noches*, apareciera un genio y le revelara exactamente lo que quería saber:

Y en aquel momento fui precisamente favorecido por una de esas apariciones mágicas. Como cuando, en un país que creemos no conocer y que, en efecto, hemos abordado por un lado nuevo, doblamos el camino y nos encontramos de pronto en otro cuyos menores rincones nos son familiares, pero al que no tenemos la costumbre de llegar por allí, nos decimos: «Pero si es el caminito que nos lleva a la puerta del jardín de mis amigos...; estoy a dos minutos de su casa»; y, en efecto, ahí está su hija que viene a saludarnos al paso; así, de pronto, me reconocí yo en medio de aquella música nueva para mí, en plena Sonata de Vinteuil; y la pequeña frase, más maravillosa que una adolescente, envuelta, enjaezada de plata, toda rezumante de brillantes sonoridades, ligeras y suaves como echarpes, vino a mí, reconocible bajo sus nuevas galas. Mi gozo por haber vuelto a encontrarla era mayor por el acento tan amicalmente conocido que tomaba para dirigirse a mí, tan persuasivo, tan simple, pero no sin ostentar aquella su belleza resplandeciente. Por otra parte, esta vez no tenía otra significación que la de indicar el camino, y este camino no era el de la Sonata; se trataba de una obra inédita de Vinteuil en la que éste tuvo el simple capricho de reproducir por un momento la pequeña frase con una alusión, justificada en este lugar por unas palabras del programa, que hubiéramos debido tener al mismo tiempo ante los ojos. (Proust, 2021, p. 305)

---

<sup>2</sup> Me inclino a pensar que el modelo en que se inspiró Proust para la creación de Bergotte es Anatole France, pues a Balzac lo menciona en *En busca del tiempo perdido* por su nombre, así como a Víctor Hugo y a Dostoievski. Cuando rompe con Albertina le ruega que le regrese el libro de Dostoievski que le prestó en Balbec.

En la primera vez que asistimos al salón Verdurin,<sup>3</sup> presenciábamos el enamoramiento de Charles Swann con Odette de Crécy gracias a la Sonata de Vinteuil; en Balbec (segunda vez) florece el amor del barón de Charlus por Morel, y en la tercera, escuchamos el estreno de la Sonata de Vinteuil, en su versión orquestal y al rompimiento de Charlus y Morel, a causa de madame Verdurin. Pimentel (2023) tiene razón al expresar lo siguiente: “En cierto sentido hay un relevo: en vez de Swann y Odette ahora están Charlus y Morel; en cierto sentido también, ahora van al salón Verdurin Marcel y Albertina a veces”.

Ha pasado el tiempo, los Verdurin ya son ancianos, pero no por eso descuidan la feligresía de su salón. Así nos describe el narrador a madame Verdurin:

La patrona, nerviosa, suponiéndole al nuevo una “posición” que podría hacer de él una adquisición brillante para el pequeño clan, haciendo como que no había oído nada y conservando en sus bellos ojos, entornados por el hábito de Debussy más que pudiera estarlo por el de la cocaína, la expresión extenuada que solo le daban las embriagueces de la música, no dejaba por eso de abrigar bajo su hermosa frente, abombada por tanto cuartetos y tantas jaquecas consiguientes, unos pensamientos que no eran exclusivamente polifónicos. Madame Verdurin se sentó aparte, los hemisferios de su frente blanca y ligeramente rosada, magníficamente abombados, separado el cabello a la mitad a imitación de un retrato del siglo XVIII [...] (Proust, 2021, pp. 305 y 306)

Marcel realiza una profunda reflexión mientras escucha la música de Vinteuil. Sus consideraciones se presentan como un ensayo sobre la naturaleza, creación y diversidad musical. De un teclado compuesto por siete notas surgen melodías capaces de afectar significativamente el espíritu humano, aunque estas composiciones resultan imposibles de expresar con palabras:

[...] de suerte que podemos medir su profundidad, pero no traducirla al lenguaje

---

<sup>3</sup> Tal vez recordará el improbable lector de estas líneas el salón de madame Verdurin; este salón fue privilegiado por el autor para aparecer en los volúmenes siguientes: “Por el camino de Swann” (1), “Sodoma y Gomorra” (4) y “La prisionera” (5).

humano, como no pueden hacerlo los espíritus desencarnados cuando, evocados por una *médium*, los interroga éste sobre los secretos de la muerte. Un acento, pues aun teniendo en cuenta esa originalidad que me había impresionado por la tarde, también ese parentesco que los musicógrafos pudieran encontrar entre músicos es sin duda un acento único al que se elevan, al que vuelven sin querer esos grandes cantores que son los músicos originales y que es una prueba de la existencia irreductiblemente individual del alma [...] Este canto, diferente del de los demás, semejante a todos los suyos, ¿dónde lo aprendió, donde lo oyó Vinteuil? Cada artista parece así como el ciudadano de una patria desconocida, por él mismo olvidada [...] los músicos no se acuerdan de esa patria perdida, pero todos permanecen inconscientemente armonizados al unísono con ella en cierto modo; cada uno delira de alegría cuando canta al modo de su patria, la traiciona a veces por amor a la gloria, pero entonces, buscando la gloria, la huye, y solo desdeñándola la encuentra, cuando entona ese canto singular cuya monotonía –pues cualquiera que sea el tema que trata permanece idéntico a sí mismo– demuestra en el músico la fijeza de los elementos que componen su alma. Pero entonces, ¿no es verdad que esos elementos, todo ese residuo real que nos vemos obligados a guardar para nosotros mismos, que la conversación no puede transmitir ni siquiera del amigo al amigo, del maestro al discípulo, del amante a la amada, esa cosa inefable que diferencia cualitativamente lo que cada uno ha sentido y que tiene que dejar en el umbral de las frases donde no puede comunicar con otro si no limitándose a puntos exteriores comunes a todos y sin interés, el arte, el arte de un Vinteuil como el de un Elstir, le hace surgir, exteriorizando en los colores del espectro la composición íntima de esos mundos que llamamos los individuos y que sin el arte no conoceríamos jamás? (Proust, 2021, pp. 315-316)

Al final del concierto, se evidencia el clasismo de la sociedad francesa durante la *Belle époque*. La aristocracia parisina asistió al salón de madame Verdurin por invitación del barón de Charlus, pero ignoraron a la anfitriona, lo que provocó su enojo por lo que predispone a Morel en contra de Charlus.

Imposible citar cada uno de los desprecios que sufre madame Verdurin por parte de reinas, duquesas, barones, etcétera, asistentes al concierto. El más significativo es el incidente de la reina de Nápoles, que regresa al *Quai Conti* por el abanico que había dejado olvidado en la butaca. Se percata del abatimiento en que había quedado Charlus después del sorpresivo reclamo de Morel y se dispone a rescatarlo, tendiéndole el brazo para sacarlo del salón:

Madame Verdurin hizo a ésta una reverencia. Al ver que la reina no parecía reconocerla, dijo: Soy madame Verdurin. ¿No me reconoce vuestra majestad?

—Muy bien —dijo la reina, y siguió hablando a monsieur de Charlus con tanta naturalidad y con un aire tan perfectamente distraído que madame Verdurin dudó si era a ella a quien se dirigía aquel «muy bien» pronunciado en un tono maravillosamente distraído que a Monsieur de Charlus, experto y goloso catador de impertinencias, le arrancó, en medio de su dolor de amante, una sonrisa de gratitud [...] La simpatía que con tanta sencillez les había demostrado unas horas antes y la insolente altivez con que ahora se erguía ante ellos nacían del mismo punto de su corazón. (Proust, 2021, p. 396)

La segunda parte de “La prisionera” contrasta con la primera, ya que, si la primera es algo monótona, centrada solo en los ataques de celos en la convivencia de Marcel con Albertina en París, en la segunda el abanico de personajes se abre, pues no solo los fieles de madame Verdurin sino lo más rancio de la nobleza francesa se dan cita en el *Quai Conti*, en el concierto de la música de Vinteuil. Las reflexiones del narrador al escuchar aquella música que tanto gustaba a su amigo Charles Swann, son otro momento sublime en la apreciación musical de Marcel. Una vez concluido el concierto, al retirarse los invitados no asiduos a este salón, Marcel se entera del beneplácito de Charlus por la ausencia de mademoiselle Vinteuil y su amiga, a quienes les atribuye una mala fama:

—El barón está encantado de que no hayan venido mademoiselle Vinteuil y su amiga. Le escandalizan muchísimo. Ha dicho que las costumbres que tienen son como para dar

miedo. No se imagina usted lo pudibundo y severo que es el barón en cuestión de costumbres [...] Es archisabido. Madame Verdurin hace mal en dejarlas venir [...] Son amigas de una banda terrible, deben reunirse todas en unos lugares nefandos.

A cada una de estas palabras, un nuevo sufrimiento se añadía a mi sufrimiento, cambiándolo de forma. Y de pronto, recordando ciertas impaciencias de Albertina, impaciencias que por otra parte disimulaba en seguida, me espantó la idea de que hubiera concebido el propósito de dejarme. (Proust, 2021, p. 344)

A raíz de haber escuchado esta conversación, donde se referencian más detalles del grupo de amigas alrededor de mademoiselle Vinteuil, el narrador sospecha que Albertina quiere dejarlo, por lo que echa andar un plan para cuando regrese a su lado:

Esta sospecha me hacía más necesario aún prolongar nuestra vida común hasta que yo recobrar la calma, si acaso se le ocurría, de adelantarse a mi proyecto de ruptura y para que su cadena le pareciese más ligera hasta que yo pudiera realizarlo sin sufrir, me pareció lo más hábil (quizá estaba contagiado por la presencia de monsieur de Charlus, por el recuerdo inconsciente de las comedias que le gustaba representar), me pareció lo más hábil hacer creer a Albertina que tenía la intención de dejarla; al volver a casa iba a simular la despedida, la ruptura. (Proust, 2021, p. 438)

Tras la discusión que implicó la simulación del rompimiento, Marcel continúa reflexionando sobre los posibles resultados de dicha simulación:

En todo *bluff* hay una parte de incertidumbre, por pequeña que sea, sobre lo que va a hacer el que engaña. ¡Y si la comedia de separación acabara en separación! No podemos pensar en tal posibilidad, aunque sea inverosímil, sin que se nos encoja el corazón. (Proust, 2021, p. 438)

Pero como siempre, teme el daño que sufrirá, al infligir este desasosiego a Albertina: “Ahora, si seguía progresando así, adelantándome al tiempo en mi invención mentirosa, lo hacía tanto por atemorizar a Albertina como por hacerme daño a mí mismo” (Proust, 2021, p. 441).

Cuando se entera del lugar al que irá Albertina una vez que tenga que marcharse de su casa, Marcel queda helado y decide ser generoso con Albertina y darle una segunda oportunidad, pues, según él, las cosas provisionales llegan a ser definitivas:

–Oye, Albertina, dices que eres más feliz aquí, que vas a ser desgraciada.

–Seguro.

–Eso me perturba. ¿Quieres que intentemos seguir unas semanas más? A lo mejor, semana a semana, podemos llegar muy lejos; ya sabes que lo provisional puede a llegar a durar siempre.

–Oh, qué bueno serías.

–Pero entonces es insensato habernos hecho tanto daño durante horas para nada; es como prepararse para un viaje y después no hacerlo. Estoy muerto de pena. (Proust, 2021, p. 443)

Pero esa posibilidad de que lo provisional se eternice, está fuera de toda realidad, pues ya han sido muchas las mentiras y enredos de Albertina, más las que se entera Marcel después de esta segunda oportunidad. Prolongar las cosas no tenía caso, pues él mismo se da cuenta que con esa prolongación no ganaría nada:

Me daba cuenta de que mi vida con Albertina no era más que, por una parte, cuando no tenía celos, aburrimiento; por otra parte, cuando los tenía, sufrimiento. Suponiendo que en esto hubiera felicidad, no podía dudar. En el mismo estado de sensatez que me inspiraba en Balbec, la noche en que fuimos felices, después de la visita de madame de Cambremer, quería dejarla, porque sabía que prolongando la cosa no ganaría nada. (Proust, 2021, p. 485)

En el salón Verdurin y de regreso a casa Marcel había reflexionado lo suficiente sobre esta relación y aunque decide fingir a su regreso a casa un rompimiento con su muchacha en flor, para ver si Albertina cambia, este fingimiento acabó en un fracaso pues Albertina jamás supo que su enamorado estaba representando un *bluff*, por lo que una mañana habrá revuelta y alboroto en la casa de Marcel, lo que dará origen al siguiente volumen: *Albertine disparue* título original que, en Alianza Editorial, en la Biblioteca de autor, toma el de “La fugitiva”.

## Conclusiones

El volumen titulado “La prisionera” tiene como tema los celos que Marcel siente hacia Albertina, una de *las muchachas en flor* de la playa de Balbec, lugar de veraneo de la sociedad parisina. En el tomo anterior a “La prisionera”, se narra un suceso que origina la sospecha de Marcel sobre el lesbianismo de Albertina. Me refiero a la escena final de “Sodoma y Gomorra”, en la que la enamorada del narrador le comenta que desea viajar a Trieste, donde se encontrará con su amiga mademoiselle Vinteuil y otra señorita. El recuerdo de la escena que Marcel contempló a través de las ventanas de la casa del músico Vinteuil, donde la hija del músico es seducida por la desconocida amiga, le estalla en el rostro y, para evitar que Albertina realice el viaje, prácticamente se la lleva secuestrada a París. Esta escena (la que presencié Marcel en la casa de Vinteuil en Montjouvain) es muy importante en la trama de la novela, pues aparece en “Por el camino



En busca del tiempo perdido 5 La prisionera

Proust

Alianza editorial

de Swann”, “A la sombra de las muchachas en flor”, “Sodoma y Gomorra”, “La prisionera” y “La fugitiva”.

La sospecha del lesbianismo de Albertina se confirma en “Sodoma y Gomorra” y es la fuente de los celos que siente el narrador y que le generan en su imaginación una y mil escenas eróticas, pues Gomorra no solo está en Balbec, sino por todo París. Por esa razón cuando Albertina no está en casa el narrador no se aburre, pues se la pasa visualizando escenas eróticas potencialmente vividas por Albertina, lo que le genera el tormento de los celos. Sin embargo, cuando la amada está en casa, como allí la tiene a su disposición, no imagina nada, lo que provoca el aburrimiento de Marcel, que interpreta como falta de amor hacia Albertina y piensa que debe dejarla.

En la novela proustiana *En busca del tiempo perdido* dos identidades sexuales se dan cita: la homosexualidad y el lesbianismo, que no son tratadas como tales ya que la visión de las relaciones eróticas entre mujeres que se aprecia en varios pasajes de la novela ha sido muy criticada por diversos grupos, tanto por los que se interesan por la homosexualidad como por aquellos que estudian el lesbianismo. Apreciamos que el barón de Charlus es satanizado, mientras que para la identidad lesbiana se le reservan todos los aspectos románticos. Es decir, Proust ha fabricado una representación del lesbianismo como una versión de la homosexualidad femenina. Entonces, si Charlus es una mujer encerrada en el cuerpo de un hombre, ¿Albertina es un hombre encerrado en el cuerpo de una mujer? Como ya expresamos al analizar “Sodoma y Gomorra”, los estudios de género en la época de Proust no existían y de eso fue consciente el mismo autor, pues Bichot, un académico de la Sorbona, que visita asiduamente el salón Verdurin, le ofrece a Charlus instituir la cátedra sobre homosexualidad:

–Decididamente, barón, si alguna vez el Consejo de Facultades propusiera abrir una cátedra de homosexualidad, le propondría en primera línea. O mejor no, un instituto de psicofisiología especial le vendría mejor. Y,

sobre todo, le veo provisto de una cátedra en el Collège de France, que le permita dedicarse a estudios personales de los que ofrecería los resultados, tal como hace el profesor de tamil o de sanscrito ante el pequeño número de interesados en ello. Tendría usted dos oyentes, aparte del bedel, dicho sea sin querer lanzar la más ligera sospecha sobre nuestro cuerpo de ujieres, al que creo intachable.

–No sabe usted nada –replica el barón, con voz dura y cortante–, se equivoca si cree que esto interesa a tan pocas personas. Todo lo contrario. (Proust, 2021, p. 390)

En cada una de las cinco colaboraciones he señalado el profundo clasismo que se aprecia en la sociedad francesa de la época. Abundan los ejemplos, sin embargo, no se han transcrito ejemplos de este fenómeno social. Cuando Marcel, por ejemplo, le promete matrimonio a Albertina, ella le contesta que eso jamás sucederá porque ella es muy pobre; entre las mismas clases que se consideran elevadas o que están en la cumbre de la escala social, también se da este fenómeno: entre ellos también hay jerarquías y sufren toda clase de desprecios por la nobleza de mayor rango.

## Referencias

- Pérez Reyes, C. A. (2025). “Marcel Proust: ‘En busca del tiempo perdido’ (cuarta parte): ‘Sodoma y Gomorra’ o el mundo de la homosexualidad en la aristocracia finisecular francesa”. *Reforma Siglo XXI*, 32 (124), 71-81.
- Pimentel, L. E. (2023). “Muerte y transfiguración de un gran autor. El legado de Marcel Proust” [Ciclo de conferencias, sesión 6]. [culturaendirecto.www.unam.mx](http://culturaendirecto.www.unam.mx)
- Proust, M. (2018). *En busca del tiempo perdido 2: “A la sombra de las muchachas en flor”*. Alianza Editorial.
- Proust, M. (2019). *En busca del tiempo perdido 4: “Sodoma y Gomorra”*. Alianza Editorial.
- Proust, M. (2021). *En busca del tiempo perdido 3: “El mundo de Guermantes”*. Alianza Editorial.
- Proust, M. (2021). *En busca del tiempo perdido 5: “La prisionera”*. Alianza Editorial.
- Proust, M. (2022). *En busca del tiempo perdido 1: “Por el camino de Swann”*. Alianza Editorial.